

nado acaso una sociedad sin religion ni culto público? Pero es tan loca semejante pretension, está de tal modo desmentida por la historia de todos los pueblos, y supondria una ignorancia tan crasa del corazon humano, que no me es posible atribuíroslo. ¿Me hablaréis de la ley natural, de eso que os place llamar la religion de Sócrates y de Marco Aurelio? ¿Pero no conocéis que esto es hablar sin fundamento? Señaladme entre todos los pueblos de la tierra uno solo civilizado que se haya ceñido á vuestro puro naturalismo. No hay uno solo que no se haya apoyado en alguna revelacion, ó falsa ó verdadera; ninguno que se haya fijado en el puro deísmo, y ninguno tampoco que no haya conocido la necesidad de un culto exterior y público. Es no conocer al pueblo imaginar que puede limitarse á ideas especulativas de religion. ¿Y qué os queda que proponerle si le arrebatáis el cristianismo? Seria dejarle en la incertidumbre, arrojarle al vacío de las opiniones, y á cierta especie de ateísmo práctico, que seria para él la ruina de todas las virtudes, y desde donde por último se precipitaria por sí mismo en supersticiones no ménos groseras tal vez que las del paganismo. Volvamos pues, volvamos á aquel en quien únicamente reside la verdadera ciencia.

Antes de su venida carecia el mundo pagano de los medios y de la esperanza de salir de sus tinieblas; por consiguiente Jesucristo ha sido para los hombres la luz y la verdad; y añado, que ha sido tambien el reformador del mundo, derramando en él el espíritu de una vida enteramente nueva, de suerte que ha podido decir justamente: Yo soy la vida: *Ego sum vita.*

Si en vez de contentarnos con una ojeada vaga y rápida sobre las naciones paganas y las cristianas, queremos compararlas seriamente para ver su diferencia, conoceremos mas y mas cuán grande bienhechor del género humano ha sido Jesucristo derramando una especie de vida nueva en el mundo social, y ejerciendo la mas saludable influencia, ya sea sobre la sociedad civil en general, ya sobre la doméstica en particular, ó ya mas especialmente sobre las clases de los pobres y de los desgraciados, tan numerosas en todos los pueblos.

He dicho primero la influencia del Evangelio sobre la sociedad civil. ¿Cuántos desórdenes, cuántos excesos, qué barbarie no presentaba el mundo social en tiempo del antiguo paganismo! Barbarie en el culto público, pues era parte de la religion de todos los pueblos de la tierra la costumbre de inmolar á los dioses víctimas hu-

manas, sin que, según atestigua la historia, haya habido uno solo que no se manchase con estas supersticiosas crueldades: barbarie en los juegos y fiestas públicas, tales como aquellos repugnantes combates de los gladiadores, tan frecuentes entre el pueblo romano, que se consideraba como el más civilizado del universo; combates en los que se veía á millares de hombres degollarse unos á otros para entretenimiento de los espectadores: barbarie en sus guerras, que frecuentemente eran guerras de exterminio, y solo acababan con la destrucción de las ciudades, el degüello ó la esclavitud de sus habitantes: barbarie en la legislación relativa á una tan gran porción de la especie humana, cual eran los esclavos, pues dejaba á sus señores en plena libertad de jugar con su vida, como si fueran los más despreciables animales: barbarie, en fin, con respecto á la sucesión del trono; pues la historia nos dice que muy ordinariamente los palacios de los reyes solo eran un teatro de sangre y de mortandad.

De todas estas plagas no hay una sola que el cristianismo no haya destruido ó modificado entre los pueblos, á medida que se ha establecido en ellos. Es cierto, señores, que no se halla en el Evangelio un tratado político sobre

la mejor forma de gobierno, un código de leyes civiles, ni reglas fijas acerca del gobierno de los estados; pero se halla en él una cosa más preciosa aún, más adecuada para todos los tiempos, para todos los gobiernos y para todos los pueblos. El Evangelio establece y consagra las máximas que sirven de fundamento á todas las sociedades humanas. La autoridad pública es más inviolable desde que le dió un origen sagrado, y desde que intimó que dimanaba de la misma divinidad; y para mejor asegurar la sumisión de los pueblos, se la presenta, no como fruto del temor, sino como un deber de conciencia. Si manda dar á Dios lo que es de Dios, también prescribe se dé al César lo que es del César; y es tal el respeto que exige para con la magestad de los reyes, que Tertuliano no titubeó en decir con toda energía, que era *la religion de la segunda magestad* (1): lenguaje bien diferente del de esas doctrinas sediciosas que adulan á la multitud para extraviarla, y le hablan incesantemente de sus derechos para hacerle olvidar mejor sus obligaciones. Para contener sin embargo á los ricos y poderosos en los límites de la justicia, y evitar así sus ex-

(1) *Apolog.* cap. XXXV.

cesos, humilla el cristianismo todas las condiciones y clases ante aquel que se titula *Rey de los reyes* y *Señor de los señores* (1). Señala á los hombres indistintamente un fin y un origen comun á todos, y les recuerda que un mismo juez los ha de juzgar á todos sin acepcion de personas. Nuestros libros santos no respiran mas que paz, perdon de las injurias, moderacion en los deseos, menosprecio de toda celebridad que no se concilie con la virtud, y vigilancia contra esas pasiones divinizadas en cierto modo en el paganismo, la soberbia, la avaricia y el deleite, origen ponzoñoso de todos los desórdenes que han assolado los imperios y las familias. En la doctrina evangélica todo se funda sobre el amor de Dios y de los hombres. Anúnciase al fin á los pueblos idólatras presentándoseles con magníficas promesas para sus fieles observadores, así como con terribles amenazas para los corazones rebeldes; y á medida que se extiende su imperio sobre los entendimientos y los corazones, se verifica una feliz revolucion en los sentimientos, en las costumbres, en la religion y en las leyes. Desaparecen aquellos sacrificios humanos que ultrajaban al Dios

(1) I. Ad Thimot. 6 y 15.

de bondad, así como á la naturaleza humana; despójanse los hombres de su ferocidad, son mas justos y mas suaves los gobiernos, los pueblos mas sumisos y ménos frecuentes las revoluciones; los vencedores se muestran mas humanos y mas generosos, y desaparecen ó son mas raras las guerras de exterminio. Los paganos no estaban obligados por sus leyes á mirar á sus esclavos como hombres; pero el Evangelio manda á los cristianos que los tengan por hermanos, y de este modo la caridad evangélica templó primero, debilita despues insensiblemente, y rompe por último en los pueblos que regenera, aquel yugo humillante y cruel que pesaba sobre una gran parte del género humano.

Cuando los bárbaros del Norte fundaron de los restos del imperio romano nuestras monarquías europeas, el Evangelio suavizó sus costumbres y los civilizó. La servidumbre que se estableció entónces entre nuestros padres, no solo distó mucho de la barbarie y de la esclavitud de Esparta ó de Roma, sino que fué siempre debilitándose hasta deberse por último la manumision de todas las clases del pueblo al feliz ascendiente de un pontífice romano, Alejandro III, como observa el mismo Voltaire. Tal es pues la gloria del cristianismo: si no ha

destruido todas las plagas de la humanidad, las ha suavizado, y ha encontrado el secreto de dar á un mismo tiempo mas libertad á los pueblos, y mas estabilidad á los gobiernos. Esto es lo que en particular reconoció el autor del Espíritu de las leyes cuando dijo: „Que si se quisiese poner á la vista las continuas carnicerías de los reyes y gefes griegos y romanos, la destrucción de pueblos y ciudades por estos, y los estragos con que Timur y Gengiskan devastaron el Asia, se hallaria que se debe al cristianismo cierto derecho político para los gobiernos, y cierto derecho de gentes en la guerra, que no podrá agradecer bastante la naturaleza humana (1).”

Usen en hora buena en cierto modo de recriminacion los enemigos del Evangelio, y preválganse de las divisiones, excesos y guerras para que ha servido de pretexto: yo no examinaré ahora por menor estas acusaciones, que serán materia de otro discurso particular; y me limitaré á algunas reflexiones que, aunque generales, no dejan por eso de ser decisivas. ¿Hay por ventura algun vicio que el Evangelio no condene, algun exceso que no repruebe, alguna vir-

(1) Montesquieu, *Esprit. des Loix*, lib. 24, c. 3.

tud que no mande, ó alguna perfeccion que no aconseje y no inspire? ¿Por qué pues imputarle lo que jamas ha sido consecuencia sino mas bien violacion de sus máximas? ¿Cuántas veces no se ha abusado de las leyes, de la justicia y del poder para oprimir! ¿Y por esto debería no haber entre nosotros ni códigos, ni tribunales, ni gobierno? Porque se haya abusado muchas veces de las ciencias y de las letras para esparcir doctrinas subversivas del órden social, ¿se han de proscribir los sabios y las letras? La sociedad civil ha dado ocasion á desórdenes que se han llevado al extremo mas monstruoso; ¿y deberemos por eso volver al estado salvaje? Se nos dice lo que puede llegar á ser un pueblo cuando abusa de la religion; pero se nos calla lo que llegaría á ser si careciese de ella. Harto dignos de compasion somos los franceses por haberlo experimentado, y aun lo seriamos mucho mas si tan pronto lo hubiéramos olvidado. Sería muy fácil manifestar que si los sentimientos religiosos llegasen á extinguirse, faltaria á las leyes y á las buenas costumbres su mas firme apoyo; que no se podría contener á los pueblos sino por la fuerza, por el terror y por todas las medidas violentas de los gobiernos despóticos; y que si la Europa perdiese el cristianismo,

perderia con él la civilizaci6n y la libertad, para volver á caer en la barbarie. Dejemos pues á los espíritus inconsiderados y temerarios sus vanas declamaciones, y digamos con el mismo autor del *Espíritu de las leyes* (1): „Es muy „mal modo de racionar contra la religion ha- „cer en una grande obra una larga enumera- „cion de los males que ha producido, si al mis- „mo tiempo no se hace la de los bienes que ha „causado. Si yo quisiese, añade, referir todos „los males que han producido en el mundo las „leyes civiles, la monarquía y el gobierno repu- „blicano, diría cosas terribles.”

Paso en segundo lugar á considerar el influjo del cristianismo en la sociedad doméstica. En efecto, si nos introducimos en las familias para considerar todo lo que concierne al padre, á los hijos y á los esposos, ¡qué nuevos sentimientos de gratitud no debe inspirarnos la religion!

Era la religion entre los pueblos mas civilizados del paganismo tan favorable á las inclinaciones desordenadas, y era tan débil su freno, que para mantener la subordinacion y la paz doméstica, ampliaba excesivamente el poder paternal, y le armaba con la espada vengadora,

(1) Lib. XXIV. cap. II.

que solo debe estar en las manos depositarias del poder público. La religion cristiana ha hecho mas sagrado y mas profundo el sentimiento de la piedad filial, ha reemplazado el temor con la persuasion; y desde ent6nces la autoridad paternal, sin dejar de ser firme y vigilante, ha perdido lo que tenia de feroz, y entre nosotros los padres no hacen ya lo que Bruto. La madre cristiana no tiene la dura fiereza de las de Lacedemonia; pero fuerte, sin dejar de ser tierna, sabe por una parte armar como la madre de San Luis el brazo de su hijo contra el enemigo, y por otra decirle como ella: „Mas quisiera veros muerto, que manchado con un solo „crimen.”

Aun entre los pueblos mas ponderados, como los griegos y los romanos, la exposicion y la muerte de los recién nacidos estaban autorizadas y aun mandadas por las leyes en ciertos y determinados casos. La religion, á la manera de una tierna madre, ha extendido su proteccion á estas criaturas inocentes, y ha hecho ver una barbarie y un crimen enorme, en lo mismo que muy graves legisladores de la antigüedad no vieron mas que una medida política.

Antes del cristianismo estaban muy generalmente adoptadas la poligamia y el divorcio, sin

embargo de ser una costumbre que causa rivalidades sangrientas, debilita el afecto del esposo, dividiéndole entre varios objetos, y muy frecuentemente no presenta sino esposas oprimidas. Viene Jesucristo, repone el matrimonio en su unidad primitiva, y estrechando el lazo conyugal, destruye lo que mas contribuía á la tiranía del esposo, y al envilecimiento de la esposa: no se rompe para ella el yugo de la sumision; pero se suaviza, y es la compañera y no la esclava del hombre. Es indudable, señores, que ninguna religion del mundo ha protegido á la muger tanto como el cristianismo, y que ninguna ha dulcificado su suerte como él, dándole tantos derechos y dignidad en la familia: así ha mejorado la suerte de una mitad de la especie humana; con cuyo motivo no puedo ménos de observar, aunque de paso, que la muger cristiana que abandona su religion y blasfema de ella, desconoce sin echarlo de ver á su mayor bienhechor, y tiene la desgracia de reunir á su desercion una verdadera ingratitud.

He alegado en tercer lugar el influjo especial del Evangelio sobre las clases mas numerosas de todos los pueblos, que son los pobres y los desgraciados. Aquí mas que en ninguna otra cosa está su verdadero triunfo. Los griegos y

los romanos han brillado en el mundo por las letras, las artes, la guerra, la política y una civilizacion muy avanzada. „Su sabiduría y prevision, dijo Fleury (1) (cuyas mismas palabras „voy á repetir) llegó, sí, hasta desterrar la holgazanería, y los mendigos útiles para el trabajo; pero el orden público no llegó entre ellos „hasta cuidar de los miserables, que ningun ser „vicio podian prestar.” Ved al contrario extenderse la tierna solicitud de la Iglesia á toda clase de necesidades y de infortunios, sin excluir uno solo.

La historia nos enseña cuan animada estuvo desde su origen del espíritu de caridad, como brilló en ella aun en medio de las persecuciones, y se perpetuó de edad en edad, hasta que por último pudo desplegarse enteramente en esa innumerable multitud de asilos abiertos por ella á la indigencia y á la desgracia, y de que aun está cubierto el mundo entero.

Creo de mi deber hacer notar para gloria del sexo mas compasivo, y que con tanto valor se dedica al alivio de la humanidad paciente, que la primera persona que se cita en los anales cristianos como fundadora de un asilo pú-

(1) *Mœurs des chrétiens*. n. 51.

blico para los pobres, es decir, de un hospital como los que se fundaron despues, fué Fabiola, señora romana del cuarto siglo.

¿Qué bien ha dejado de hacer la religion á la humanidad de cuantos han estado á su alcance? ¿Y qué maravillas no la hemos visto obrar en nuestros tiempos? ¡La religion es la que ha recogido esa multitud de niños abandonados, y ha tenido para con ellos entrañas de que carecian sus madres desnaturalizadas: la religion es la que reúne los hijos de las clases mas inferiores, y la que sin ruido ni fausto les hace enseñar gratuitamente los primeros rudimentos de los conocimientos humanos, y los de la moral mas pura; y ella es la que derrama la piedad juntamente con el mas noble valor en el corazon de esas hijas de la caridad, de esos ángeles consoladores, dispuestos á volar á cuantas partes los llama el grito de la desgracia! ¿Quién ademas ha edificado sobre montañas de nieves perpetuas esos albergues hospitalarios, á los que el viajero extraviado ha debido tantas veces la conservacion de sus dias? El cristianismo. ¿Quién ha inspirado á hombres generosos el designio de ir á playas ardientes y bárbaras á presentarse como libertadores de sus hermanos cautivos? El cristianismo. ¿Cuál es hoy el al-

ma secreta de esas asociaciones que visitan los asilos de la miseria, que descenden á los calabozos, que instruyen al ignorante, y parecen tener consuelos para todos los dolores, y auxilios para todas las necesidades? Siempre el cristianismo. A él en fin se debe la gloria incomparable de haber humanizado, ilustrado y civilizado tantas tribus salvages del nuevo mundo, y fundado aquellas repúblicas cristianas, que por la inocencia de sus costumbres, la sabiduría de sus leyes, y por su felicidad doméstica y civil, excede á la república de Esparta, tanto como el Evangelio excede al paganismo. Tengamos pues la buena fe de confesar que el cristianismo lo ha hecho todo en favor de la sociedad, de las familias y de los desgraciados, y que no consiste en él, sino en nosotros, el que no produzca mas bienes.

He aquí, señores, la religion cristiana, no como se empeñan en presentarla sus pérfidos enemigos en retratos cuyos colores han suministrado la pasion ó las preocupaciones, sino tal como salió de las manos de su divino fundador, rodeada de todas las luces que ha esparcido, de todas las virtudes que ha inspirado, y de las victorias que ha conseguido sobre los vicios y los errores. He aquí esa religion saludable que

los malvados hubieran querido arrebatarnos, y que estaba de tal modo incorporada á nuestra monarquía, que la destruccion de la una no podia ménos de producir la ruina de la otra. Ha llegado el tiempo de renovar, en fin, para siempre la antigua alianza del altar con el trono, Volvamos, señores, volvamos por nuestro interes y nuestra propia felicidad, á esta religion por demasiado tiempo desconocida, y por demasiado tiempo ultrajada; única que puede cicatrizar nuestras llagas, poner término á nuestras calamidades, afianzar la paz pública, y la única en una palabra, que puede régenerar la monarquía en su vejez, como la formó en su infancia, y que aun puede hacerla crecer con nuevo brillo de gloria y de prosperidad.

EXCELENCIA

DEL

MISTERIO DE LA ENCARNACION.

DESPUES de haber llevado el apóstol S. Pablo el Evangelio á Corinto, una de las ciudades mas florecientes y mas voluptosas de la Grecia; y despues de haber formado en ella una Iglesia cristiana, dirigió á aquellos nuevos fieles dos cartas, que conservamos aun, en las que procura confirmarlos en la fe que habian recibido. En la primera se dedica principalmente á explicarles los misterios de Jesucristo, de un Dios hecho hombre que en su humanidad vivió, padeció y murió como nosotros y por nosotros; diciéndoles tales cosas sobre esta materia, que al pronto fueron escándalo para el judío, y locura para el gentil; que aun hoy son tan irritantes para el incrédulo, tan duras para la mu-